

Presentación en la ciudad de Cajamarca del libro: *El sentido de las dimensiones éticas de la vida*¹

Miguel Garnett*

Seminario Mayor «San José», Cajamarca, Perú

Recibido: 11 de julio de 2018

Aceptado: 16 de agosto de 2018

Desde las primeras páginas me he sentido como un mendigo invitado a comer en un gran buffet. Sin duda, el libro *El sentido de las dimensiones éticas de la vida*, cuyo autor es el Dr. Johan Leuridan Huys, es de lectura obligatoria para cualquier persona, joven o adulta que quiera entender algo de la sociedad en que vivimos, y más aún, si pretende ser político, empresario, agente de marketing, comunicador en prensa escrita o virtual, o incluso ser religioso.

Más que una presentación formal que intenta resumir esta amplia materia en una conferencia corta –algo imposible–, pretendo ofrecerles pinceladas del contenido con algunas reflexiones personales provocadas por estas. Hay una gran cantidad de pensadores citados en el libro que forman parte del elenco del *Gran Teatro del Mundo*, andando en un laberinto por aquella biblioteca filosófica de la novela de Umberto Eco, *El Nombre de la Rosa*.

Como se observa en el título, el libro trata de la ética, Leuridan sostiene que «comúnmente se entiende por ética la reflexión sobre los principios o valores, y por moral las normas y las expresiones plurales en las diferentes culturas» (2016, p. 25).

Al inicio, nos encontramos ante una especie de radiografía de la sociedad contemporánea, postmoderna –o lo que alguien ha llamado *la sociedad post-post, la sociedad flotante*– desligada de los valores y las normas del pasado, como un barco sin timón, rumbo a Dios sabe dónde –bueno, ni siquiera Dios sabrá,



porque Él también ha sido eliminado o, por lo menos, colocado entre las especies en próximo peligro de extinción—. Y, a propósito de ello, anteayer recibí una invitación de mi alma mater, la Universidad de Oxford (cuya lema es *Dominus Illuminatio Mea* o el Señor es mi Luz, en español) a un debate sobre el ateísmo. Mi reacción fue pensar como Alicia, ella la de *El País de las Maravillas*: Las cosas se ponen cada vez más y más curiosas.

En este sentido, Leuridan, retrata esta sociedad flotante a través de las ideas de muchos pensadores, mayormente contemporáneos, y no todos con conceptos exactamente iguales, sino como un conglomerado de reflexiones y pensamientos al estilo de la metodología usada por el gran pensador del siglo XIX, el beato cardenal Juan Enrique Newman en *La convergencia de probabilidades* (Newman, 2009, p. 13). Juntos, estos conceptos nos conducen a un cuadro fascinante y espeluznante, similar a aquel descrito en el capítulo 59 de la profecía de Isaías, un caos moral; que también se encuentra entre otros textos bíblicos. Esto puede provocar decir la frase *no hay nada nuevo bajo el sol*; pero sí lo hay. En general, en la antigüedad, y hasta la Edad Moderna, había una distinción clara entre el bien y el mal, aunque no siempre hubo acuerdo sobre cuál era cuál. Mayormente los pensadores invocaban lo siguiente: *obrar bien porque Dios es Dios*. También pensaban que el *diablo es el diablo*. Ahora, la situación es marcadamente diferente.

Para algunos filósofos contemporáneos está muy bien que podamos decir *adiós a los valores*. Para ellos, el hombre es ya un individuo completamente libre, aunque, de hecho, esta libertad se encuentra dominada por el sentimiento: *si me siento bien, está bien*, y aquí tenemos la puerta abierta a la droga, el sexo como sea, a matar a diestra y siniestra, a expresar la envidia sin freno; siendo esta última uno de los grandes defectos de la democracia, donde afloran rivalidades y envidias; como dijo Platón: La razón fracasó porque los ideales políticos son mentiras que esconden los intereses de los instintos (...) ofrecen justicia (...) pero solo con el fin de llegar al poder (como se citó en Leuridan, 2016, p. 100).

Por consiguiente, en las próximas elecciones ¿se busca el poder para llenarse de dinero? Según la sociedad postmoderna, el último criterio del hombre libre no es la dignidad sino el dinero, venga de donde venga (Leuridan, 2016, p. 38). ¡Ojo, contribuciones forzadas de empleados para financiar las campañas

de sus jefes, con coimas para cualquier obra pública o servicio, Odebrecht y Lava Jato, por ejemplo!

Esta radiografía de nuestra sociedad probablemente coincide con lo que muchos de nosotros sentimos: las instituciones públicas ya no tienen credibilidad, las técnicas de la comunicación han sustituido la dimensión humana y social de ella. Son las máquinas las que se conectan, no las personas (Leuridan, 2016, p. 41). Esto lo vemos en cualquier restaurante de Cajamarca, con gente alrededor de una mesa conversando por celular, pero no entre ellos. En vez del lema del cardenal Newman, *cor ad cor loquitur* (el corazón habla al corazón), tenemos algo como *mobilus ad mobilus loquitur* (el celular habla al celular). Un estudio reciente en los Estados Unidos de Norteamérica revela que para 40% de niños el celular es el peor invento, porque sus padres pasan el tiempo conversando por teléfono y no con ellos.

Con frecuencia se escucha decir que ya no hay necesidad de leer libros porque todo está en el internet. Esto es falso y peligroso, y al respecto existen dos libros: *Los superficiales y Atrapados*, del Dr. Nicolás Carr (editor ejecutivo de la revista económica de Harvard) donde se ilustra muy bien cómo el CPU de las computadoras está usurpando la función de la memoria humana y provocando lo que podríamos llamar *oxidación mental*, que trae consecuencias muy serias, por ejemplo, en 2009, la caída de un avión Air France en el Atlántico porque el piloto estaba acostumbrado a volar con piloto automático. Reaccionó equivocadamente ante una emergencia, nadie sobrevivió al accidente.

Además, nuestra dependencia de la tecnología de comunicación nos provoca una serie de angustias: falta de una verdadera autoestima –sobre modelos– para estar de moda, a pesar del hecho que los *skinny jeans* no son nada adecuados para muchas fisionomías (Leuridan, 2016). Hay preocupación por tener opiniones políticamente correctas. Vivimos en una sociedad desconectada y «de transgresión constante de normas culturales» (Leuridan, 2016, p. 43) –el libro ofrece el caso de una profesora de colegio que manifiesta excelente comportamiento allí, pero que «lleva aparte otra vida, dedicada a la droga, al sexo libre y al alcohol» (Leuridan, 2016, p. 41).

Después de esta radiografía general de la sociedad postmoderna, Leuridan (2016), nos invita a reflexionar seriamente sobre lo que sucede donde «la

erudición y el espíritu crítico escéptico reemplazan el verdadero sentido de la filosofía: el amor por la sabiduría, la preocupación por el sentido de la vida y la salvación» (p. 21). Comienza sus reflexiones para analizar las andanzas de la ética con el pensamiento de Aristóteles. Aquí cabe notar que mientras la biología y la física formuladas por Aristóteles ya no tienen vigencia, el principio de *la búsqueda del bien* es tan válido hoy como lo era hace 2400 años. Según Aristóteles, el bien es la noción central de la ética y está íntimamente ligada a la felicidad: «Es lo mismo vivir bien y obrar bien que ser feliz» (p. 47). Sin embargo, la virtud no es natural sino una disponibilidad adquirida. El bien se consigue a través de la práctica constante de actos buenos; así se forma un hábito del bien, y se lo hace en sociedad. El hombre solamente puede realizarse viviendo en la polis –la ciudad–, participando en la política. No se trata de la política partidaria de nuestros tiempos, sino del bien general del lugar donde vivimos. La ética está relacionada con la ciudadanía. Esto contrasta con la sociedad contemporánea que pone énfasis en el individuo y donde mucha gente vive sola o aislada. No se interesa por los demás, y una filósofa estadounidense, Ayn Rand (1905-1982), insistía que no debemos preocuparnos por otros –y, dicho sea de paso, los lectores asiduos de sus libros son aliados de Donald Trump–. Si los actos buenos conllevan al hábito del bien, los actos malos conllevan a un hábito del mal. Además, mientras para Aristóteles, es obvio que el bien y el mal son distintos, en la sociedad postmoderna se elimina la diferencia entre ellos y se postula que todo es simplemente un asunto de percepción: –depende de–. Robar es visto como un bien para el ladrón y un mal para la víctima. «El robo como mal no existe» (p. 31). Ahora, si el bien solo es relativo, no absoluto, tampoco hay una verdad absoluta; hay tu verdad y mi verdad, pero no hay *la verdad*. Entonces, ya no vale lo que dijo Bacon, el padre de la filosofía empirista: «La búsqueda de la verdad, el conocimiento de ella, y la creencia en ella es el soberano bien de la naturaleza humana» (1948, p. 7).

Después de un análisis bastante amplio sobre el pensamiento de Aristóteles con relación a la búsqueda del bien y la felicidad, el autor pasa brevemente por la Edad media, Edad considerada por muchos como *Edad oscura*. Personalmente, esto me parece erróneo y no puedo dejar pasar la oportunidad de decir algo a su favor. Claro está que la Edad Media tuvo su lado oscuro, como las guerras dinásticas constantes, pero el siglo veinte le gana en guerras por

leguas. Fue una sociedad bastante ignorante, machista, feudal y sometida a obediencia a la autoridad; pero también fue bastante solidaria; vio el inicio de la organización de los artesanos en gremios, mientras el sistema feudal tenía una dimensión de reciprocidad –característica también de la sociedad andina. En cuanto al pensamiento, la arquitectura, el arte, la música, la Edad media fue sublime, solo hay que considerar *La Divina Comedia* de Dante o *La Suma Teológica* de Santo Tomás, más catedrales, los vitrales y las pinturas, y el canto Gregoriano.

Después de la Edad Media, Leuridan nos conduce por el *gran cambio*. Pasamos por el Renacimiento y la Ilustración. El individuo y sus derechos van asumiendo más y más importancia, junto con la tolerancia y la honestidad, más el dominio de la razón. Aquí hay unas sesenta páginas de citas y reflexiones con respecto a los pensadores europeos de los siglos XVII y XVIII. Una de las virtudes más importantes de la Ilustración fue aquella expresada por Voltaire: *No estoy de acuerdo con lo que dices, pero defenderé con mi vida tu derecho a expresarlo*; un derecho frecuentemente aplastado hoy en día por personas imbuidas con fanatismos ideológicos de cualquier índole. La Ilustración, como todas las épocas de la existencia humana, tenía sus profundas ironías. De un lado hubo los derechos civiles, la libertad de pensamiento, la Enciclopedia, y la luz de la razón, mientras del otro lado hubo entronización de una actriz en la catedral de Nuestra Señora de París como encarnación de la Diosa de la Razón. Cuando la guillotina cortó la cabeza del padre de la química moderna, Antonie Lavoisier, el juez que lo condenó, dijo que la Revolución no necesitaba a los científicos.

Prosiguiendo, cuando se trata de la razón, su máximo exponente es Emanuel Kant con su *Crítica de la Razón Pura*, publicada en 1781, y la razón es humanizada por la ética con la pregunta: «¿qué debo hacer?» y luego, «solo pueden ser consideradas obligatorias las máximas de acción que satisfagan un test de universalización. El concepto debe tener la posibilidad de una aplicación universal de prohibido o permitido» (Leuridan, 2016, p. 136). Esto nada tiene que ver con el gusto personal y, por tanto, en contraste con Aristóteles para quien la búsqueda del bien es siempre un placer, para Kant el deber puede ser un peso incómodo. Tampoco la razón-deber tiene que ver con mis caprichos.

Sin duda, el Renacimiento y la Ilustración postulan grandes cambios en la manera de mirar la vida y la conducta humana, dando mucho valor a la libertad y la razón, que culminan en el siglo XIX con la Modernidad, la edad de la certeza. Para mí, el gran símbolo de la Modernidad es La Exposición Universal en *El Palacio de Cristal*, en Londres en el año 1851. Lo comentó la autora Charlotte Brontë: «Aquí encuentras todo lo que la industria humana ha creado... Parece que solo la magia hubiese podido juntar esta masa de riqueza desde los fines del mundo» (Leapman, 2001, p. 5). Para William Morris, el protagonista del *Arts and Crafts Movement* (Artesanía Artística), la exposición fue un maquillaje del imperialismo, la explotación laboral, y el consumismo. Los símbolos del fin de la Edad Media es el hundimiento del Titanic en 1912 y la Primera Guerra Mundial que estalló dos años más tarde.

Pero ya, durante el mismo siglo XIX, Leuridan (2016) señala: «Aparecen autores de la modernidad que sospechan que detrás de la razón y la libertad hay otras fuerzas» (p. 143). En el Capítulo VII del libro hay un análisis del pensamiento de Marx, Nietzsche y Freud, llamados «los filósofos de la sospecha» (pp. 143 y 179). Mientras:

La ciencia y la tecnología son indispensables para el desarrollo material del hombre, y han logrado un servicio importante para una gran parte de la humanidad, (...) construyeron una sociedad sin ética. (p. 161)

El pensamiento de Marx es determinista por su teoría mecanicista del desarrollo de las fuerzas de producción y no deja espacio para el sujeto con sus ideas. El comunismo es un futuro que está previsto en el curso de la historia. La ética vendrá en el futuro. (p. 179)

Ahora bien, uno de los grandes actores que influye sobre el ser humano es la economía. Leuridan (2016), dice con respecto a la actividad económica:

El narcotráfico y la trata de personas –la explotación de gente huyendo del caos en el medio Oriente y la esclavitud moderna– están entre los negocios más lucrativos del mundo (...) Se han perdido las ligaduras de la ética que son un elemento imprescindible de las oportunidades de vida y paz. (p. 161)

Si no me equivoco, fue Carlos Boloña, ministro de Economía en el primer gobierno de Alberto Fujimori, quien dijo que la ética nada tenía que ver con la economía; y la conclusión lógica de esa postura fue el crac de 2008 y la miseria creada para miles de personas. Otra actividad totalmente desligada de la ética es la industria armamentista –hay suficiente dinero para comprar armas para matar a toda la humanidad varias veces, pero no lo hay para darle de comer. No cabe duda, entre los ídolos adorados en vez de Dios en esta Edad Postmoderna el dinero es uno de los peores– *No se puede servir a Dios y al dinero* (Lc. 16,13). Y como ya no hay Dios, nos queda el dinero.

Como observa nuestro autor del libro en mención, en Europa, Nietzsche quiso destrozarse no solo a Dios, sino a todos los ídolos; y, en la práctica, «la desaparición de Dios significa también el fin de la moral». «El cristianismo ofrece una visión del mundo y del hombre sin la cual la moral clásica no puede existir» (Leuridan, 2016, p. 180). Mientras tanto, aquí en el Perú, Manuel Gonzáles Prada (como se citó en Leuridan, 2016), abogaba por el anarquismo:

El poder corrompe, el socialismo es opresor y reglamentario, a diferencia del anarquismo, que es libre y rechaza el sometimiento del individuo a leyes. Él insiste en la necesidad de la moral que solo existe a nivel de las decisiones prácticas del pueblo. Rechaza a las autoridades de las instituciones estatales porque son ignorantes y corruptas. (pp. 172, 181)

Leuridan nos enseña que realmente fue René Descartes, en el siglo XVII, quien nos lanzó a desarrollar un espíritu crítico con su duda metódica y reduccionismo al *cogito ergo sum* (pienso, por tanto existo); ya hemos visto que durante los siglos siguientes no solo hubo el deseo de liberarse de las instituciones y normas de la época, sino también hubo el esfuerzo de crear nuevos patrones para la convivencia humana –así la Ilustración y luego la Modernidad y el Positivismo ponen énfasis en el desarrollo de las ciencias empíricas–. Sin embargo, como ya he indicado, a todo esto hubo un lado oscuro. Nietzsche no solo elimina de la tiranía de Dios, sino propone al superhombre, que a mí me parece ser un eco del Leviatán de Hobbes, y de esa semilla brotan las malas hierbas de las dictaduras de toda clase: el proletariado comunista, el führer nazi, el duce fascista, el dictador latinoamericano y africano que impone la seguridad del Estado, y el califa del Estado islámico. Todas estas tiranías han querido destrozarse ídolos y crear una

sociedad nueva; dos ejemplos relativamente recientes son lo que hizo Pol Pot en Camboya y el Estado islámico en Irak y Siria.

El Postmodernismo es analizado en detalle en los últimos capítulos del libro. El Capítulo IX es dedicado a una reflexión sobre los derechos humanos. Se exige una comprensión de la sociedad humana donde se practican estos derechos, para el autor del libro aquí abundan problemas. En la Biblia, en el Salmo 8, se plantea (como se citó en Leuridan, 2016):

Todas las filosofías modernas tienen la dificultad de defender la dignidad intrínseca de la persona. El hombre ya no es un ser creado por Dios con un destino, y por lo tanto con dignidad, sino es una casualidad en la indiferencia inmensa del universo. En el universo nadie manda, nadie obedece y nadie es culpable. (...) Al comienzo del siglo XXI siguen las guerras tal como al inicio de la historia humana. La matanza de niños es un simple daño colateral, y la muerte por el hombre se debe a las leyes (derechos) del mercado. (pp. 188-189)

Esto conduce a reforzar el prejuicio de muchos sociólogos contemporáneos para quienes la ética no existe y no debe existir. Sin embargo, en este universo caótico tenemos que vivir y convivir. Tiene que haber algunas normas y un orden jurídico. «¿Si todo es caótico, cómo podemos hablar de pensamientos y actitudes racionales?» (Leuridan, 2016, p. 189).

Un notable ejemplo de la corrupción del orden jurídico por los nazis fue el protocolo elaborado en la Conferencia de Wannsee en 1942, para determinar cómo dar una solución final al problema judío (hay un filme de la conferencia rodado en 2001). Durante el debate, los participantes se ponen de acuerdo en que se tiene que eliminar a los judíos de manera eficiente, pero a la vez, asegurar que se mantengan vivos buen número para que trabajen en las fábricas. Se tiene que usar un método de matanza que no gaste demasiadas municiones porque estas hacen falta para la invasión a Rusia. Tampoco hay que arriesgar una baja de la moral de los soldados del Tercer Reich, podrían reaccionar mal entre la matanza de mujeres y niños; entonces las cámaras de gas ofrecen una solución práctica. Finalmente, no se puede matar así nomás; todo tiene que estar de acuerdo a ley.

Entonces, señala Leuridan:

Al término de la Segunda Guerra Mundial se comprendió que el orden jurídico había sido corrompido por la arbitrariedad de los poderosos, el nazismo y las dictaduras, y se decidió retomar una de las ideas principales de la Ilustración, los derechos humanos en defensa del individuo contra cualquier forma de opresión. (2016, p. 190)

Así resultó que en 1948, la Asamblea de las Naciones Unidas promulgó la Declaración Universal de los Derechos Humanos (DUDH).

La Declaración elaborada para combatir el abuso y el maltrato de las personas tiene sus problemas en cuanto a la universalidad –pace Kant– y en cuanto a la aplicación. Aquí me parece que hay una *caja de Pandora* de postulados sobre temas como la pena de muerte, el aborto, el matrimonio gay, el derecho de portar armas, el uso libre de las drogas, etc. Hay también bastante problema en relación a la reciprocidad entre la justicia y el derecho; según Leuridan (2016), «por ejemplo, el derecho a la propiedad privada tiene, en justicia, una obligación social» (p. 193), una hipoteca social según la doctrina social de la Iglesia. Hay la libertad de prensa y de opinión, «y la opinión del periodista tiene una obligación con la verdad» (Luridan, 2016, p. 193).

Mientras tanto, también hay el derecho de desobedecer la ley. Nuestro autor, cita la opinión de un filósofo norteamericano que dice que «este deber general de obedecer a una ley promulgada es casi incoherente en una sociedad que reconoce los derechos» (Leuridan, 2016). La incoherencia de siempre obedecer la ley es formulada graciosamente por Charles Dickens en su novela *Oliver Twist*: –sucede que la mujer del bedel del asilo de pobres arrojó objetos robados al río en la presencia de su marido. Entonces le dice el magistrado al bedel:

- *A los ojos de la ley, usted es el más culpable, porque esta supone que su mujer no obra sin sus consejos.*
- *Si la ley supone eso, la ley es estúpida, una idiota. Tiene que abrir sus ojos (Dickens, 2010, p. 399).*

Y abrir nuestros ojos a la realidad en que vivimos, discernir sobre la ética y reforzar nuestra dignidad humana en esta sociedad flotante es la finalidad de este libro. No pretendo decir que es de lectura fácil, pero es fascinante y está lleno de información. «Existe la necesidad de encontrar el sentido de la vida», insiste Leuridan (2016):

Nos damos cuenta que ya no controlamos la gran complejidad del mundo globalizado. Es necesario para el ser humano trascender lo científico y tecnológico. Una sociedad dirigida por el principio básico de la competitividad convierte al hombre en un autómatas que actúa bajo las normas de la publicidad y la moda. Es un hombre que ya no piensa porque está orientado a producir y consumir. El hombre ya no se siente actor y dueño de su propia historia. (p. 373)

Como dije al inicio de esta presentación, hay capítulos enteros que no he comentado, hay docenas de personajes del elenco del *Gran Teatro del Mundo* que no he mencionado, y hay aperturas en el laberinto filosófico por las cuales no he penetrado. Por estas deficiencias pido indulgencia y les deseo una lectura fascinante y provocativa de *El Sentido de las Dimensiones Éticas de la Vida*.

Muchas gracias.

Referencias

- Bacon, F. (Ed.) (1948). *Bacon's Essays*. London: Macmillan.
Dickens, Ch. (2010). *Oliver Twist*. Barcelona: Planeta DeAgostini
Leapman, M. (2001). *The World for a Shilling*. London: Headline.
Leuridan, J. (2016). *El Sentido de las Dimensiones Éticas de la Vida*. Lima: USMP.
Newman, J. H. (2009). *The Cambridge Companion*. Cambridge: University Press.

¹ Presentación del libro en la Universidad Nacional de Cajamarca el 11 de julio de 2018.